

ras francesas, bajo la direccion de los consejeros de estado de Chauvelin y Degerando. Pero el estado de cosas cuadraba harto mal con una administracion regular, como en los tiempos ordinarios y de paz *. Los agentes de la autoridad solo podian residir en las plazas fuertes, y ni podian despachar orden ejecutoria alguna sino por medio de una columna de tropas, y en consecuencia, hubo de abandonarse poco á poco una marcha incompatible con la guerra. El gefe del ejército llegó á ser necesariamente el gefe de toda la administracion, y en consecuencia aplicó todo su estudio y cuidados á los recursos del pais y á su mejor empleo, á fin de asegurar por dó quier á sus tropas la subsistencia y el sueldo. Poner corriente la paga de sus tropas, habia sido en todos tiempos el primer objeto de sus esfuerzos, no solo en atencion y por el interes del soldado y de la disciplina, sino por el interes del gobierno mismo, á quien un general cualquiera no puede prestar un mas triste servicio que el de conducir y volver á su patria unos cuerpos militares acreedores de gruesas sumas, y cuya paga es despues para el tesoro nacional una bien pesada carga. El ejército, en su conjunto y despues de dicha reu-

* Habíanse formado cuatro departamentos, bajo los nombres del Ter, de Mont-Serrat, del Segre y Bocas del Ebro, cuyas cabezas ó capitales eran Gerona, Barcelona, Puigcerdá y Lérida.

nion, conservó poco mas ó menos la misma organizacion que antes tenia, y su total presentaba una fuerza de cerca treinta y dos mil hombres *.

XI. Suponiéndolas disponibles todas estas fuerzas, el mariscal Suchet hubiera podido casi verse en estado de operar segun los planes de que hemos hablado precedentemente; pero las circunstancias habian ya modificado en gran parte la posibilidad de su ejecucion. Porque no solo el mariscal no pudo disponer por el pronto de los conscriptos que se le habian anunciado y prometido, y no solo hubo de perder toda esperanza de poder reunir á sí el destacamento del general Paris, si que hubo de ver aun disminuirse rápidamente el número efectivo de sus tropas, por la ausencia y partida del general Severoli, que recibió orden de regresar á Italia. El mariscal se separó con harta pena de las valientes tropas italianas, que los peligros de su propia patria llamaban imperiosamente de la otra parte de los Alpes. Casi al mismo tiempo, y como una consecuencia de la campaña de 1813, todas las tropas alemanas que hacian parte de los ejércitos franceses en España, fueron desarmadas como por sorpresa, en virtud de un decreto del emperador. Esta medida se ejecutó en

* Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 36.

Cataluña con el 1.^o regimiento de infantería ligera de Nassau, con el regimiento de Wurtzburgo, y con los cazadores de Nassau y caballos ligeros de Westfalia, con todas aquellas atenciones que una circunstancia de esta naturaleza podia permitir, y que exigian ademas el alto aprecio y estima á que se habian hecho acreedoras dichas tropas. Por consiguiente, perdimos á la vez dos mil Italianos, dos mil y cuatrocientos Alemanes, y como unos mil gendarmes* que regresaron á Francia, y cerca de ochocientos hombres escogidos que pasaron á la guardia imperial. Ademas, habiéndose destinado para el ejército ocho mil conscriptos, en los depósitos de Perpiñan, Narbona, Montpellier, Nimes, etc., cada regimiento hubo de enviar ciento y veinte hombres, formando el cuadro de un 6.^o batallon, para recibirlos, armarlos, vestirlos y organizarlos en divisiones de reserva. Pero dichas reservas no vinieron á reunírsenos y ni aun pudieron llegar á formarse, y he aqui aun mas de dos mil hombres escogidos, oficiales, sargentos y cabos, todos veteranos, cuyos servicios fueron perdidos para el ejército**.

* La gendarmeria de á pie, que como ya lo hemos visto, habia dado guarnicion á las plazas ó puestos fortificados de la orilla izquierda del Ebro, recibió la orden de regresar á Francia, cuando los ejércitos de Aragon y Cataluña hubieron de verse ya apoyados y en posicion en la frontera misma.

** Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 37.

El objeto primario de toda la solicitud del mariscal, fue la seguridad y el abastecimiento de la plaza de Barcelona*. Desde el principio de la guerra habia esta hecho un papel harto importante, y era aun como el arsenal y depósito general del ejército. Cuando se trató de un movimiento hácia el Ebro, el mariscal, en vista de una insinuacion del ministro, se creyó autorizado á proponer el reducir la defensa de dicha plaza á solo la ciudadela y fuerte Monjuich, con el objeto de poder contar con cinco mil hombres disponibles mas, á fin de poder batir y conservar la campaña: procuraba ver por todos los medios posibles como supliria la falta de las fuerzas que no se le enviaban, y que muy pronto seria ya como imposible enviarle, á pesar de que aun se le prometia el elevar su ejército al número de cuarenta mil hombres. Pero con respecto á Barcelona, se le contestó negativamente, creyendo que para mantener nuestro ejército en Cataluña era necesario el conservar aquella plaza en toda su integridad. Tal vez se pensaba ya en procurarse y reservarse ciertas prendas ó medios de permuta, en las nuevas negociaciones y arreglos probables que las circunstancias habian preparado y llevado á sazón, entré el gobierno frances y el

* Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 38.

príncipe Fernando, detenido en Valancey desde el año 1808.

XII. A últimos de diciembre, un ayudante de campo del ministro acompañó al duque de San Carlos, de incógnito, al cuartel general del mariscal Suchet: traía este consigo un tratado concluido en Valancey, que restablecía sobre el trono á Fernando, es decir, al príncipe mismo á quien los Españoles habian proclamado rey, en favor de quien peleaban y en cuyo nombre se los gobernaba. Con dicho tratado, en otras circunstancias, hubiera podido tal vez obtenerse el objeto primario de él, que era el de separar á los Españoles de la guerra, dándoles ahora lo que ellos mismos habian querido y pedido al empuñar las armas, y devolviéndoles ademas sus plazas, á fin de poder retirar todas las tropas francesas de la Península. Pero el estado general de los negocios en Europa podia muy bien hacer, el que los Españoles mirasen esta concesion como sobrado tardía y forzada: por otra parte, la ejecucion del tratado dependia de las disposiciones de aquellos que ejercian á la sazón el poder en Madrid. Y era muy probable que estos no quisiesen desasirse ni renunciar á él sin ciertas condiciones ni garantías, tanto mas que su resistencia podia ser aun favorecida por los Ingleses, tan interesados en multiplicar y buscar por dó quier nuevos embarazos á la

Francia. A pocos dias de haber pasado el duque de San Carlos, llegó tambien el general Palafox, y el mariscal que se habia trasladado momentáneamente á Gerona, aseguró el paso al uno y al otro, sin que el secreto llegase á divulgarse. Concertó tambien con ellos todas aquellas medidas que parecieron mas propias, á fin de facilitar el buen éxito de su mision, y quedó ademas convenido entre ellos, sobre que la actitud del ejército frances de Cataluña continuaria siendo de tal naturaleza, que pudiese, cuando llegare el caso, auxiliar y facilitar la ejecucion del artículo relativo á la entrega de las plazas. No faltaba otro á dichos preliminares que el consentimiento del general Copons, que se le pidió al efecto: el mariscal Suchet habia recibido ademas del ministro de relaciones exteriores un proyecto de convencion militar, y plenos poderes para concluirlo. Pero el general español declaró que sus instrucciones no le permitian entrar en negociacion alguna, y ó no se atrevió, ó no quiso tratar. Nos vimos, pues, precisados á renunciar á esta esperanza, ó bien suspenderla y diferirla hasta que llegase el mismo rey Don Fernando, que pudiese ordenar y autorizar el regreso de nuestras guarniciones.